



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 4 DE OCTUBRE DE 2026

Olga de León G.

El miedo, una señal...

¿Qué es el miedo? ¿Sentimiento, emoción o ambos? Estas son preguntas retóricas, no daré una respuesta explícita -porque es algo que considero innecesario- ni espero que quienes esto lean, tampoco tengan alguna respuesta qué compartir; no obstante que, seguramente, la tienen.

El propósito es escribir un cuento o relato que ejemplifique algunos rasgos importantes del miedo como característica humana. Veamos si lo logro, de no hacerlo, esto acabará como ha empezado: una somera reflexión o un artículo más, nada trascendental. Intentaré que no sea así, no en esta ocasión.

Alondra aseguró en derredor de su cuerpo el cinturón que le correspondía, empezando por atravesar el pecho desde su hombro hasta abrocharlo bajo su cintura y sobre el bajo abdomen, desde luego estando ya acomodada en su asiento, que era el número 13A, el de la ventanilla, según podía verse en su boleto. Apenas lo hizo, recargó la cabeza en el respaldo, cerró sus ojos y con voz de intensidad muy tenue, comenzó a rezar. Siempre que tomaba un vuelo o viajaba como quiera que fuera, en tren o embarcación, lo hacía, era un hábito ya desarrollado.

Inició el vuelo. Haría una travesía larga, con un trasbordo en Dallas. Luego seguiría hacia su destino final por aire, en Calgary, Canadá. Allí la recogerían en auto, para seguir hasta Edmonton. Viajaba una vez al año durante sus vacaciones de verano ya que eran las más largas de su trabajo como maestra universitaria, y podía quedarse con su familia poco más de un mes, ¡seis semanas! ¡Ah!, y no solo la aguantaban, sino que le pedían se quedase los dos meses. En cuanto bajaba del avión, el miedo la abandonaba... tal vez se habría aferrado -de regreso- a algún otro pasajero. Suena a chiste, pero a veces así sucedía.

Alondra se sintió aliviada al salir con su equipaje y ver que ya la esperaban su hermano y Alan, su sobrino. Se les acercó con una gran sonrisa dibujada en el rostro, ellos igual sonreían mientras la veían llegar.

En cuanto el sobrino dejó a su papá y su tía en la casa, bajó las maletas y las subió al segundo piso, a la recámara que



ocuparía su tía; luego, saludó a su madre y regresó al auto, se dirigió de inmediato a su casa, donde lo esperaban su esposa y sus dos hijitos, quienes ya estaban dormidos; él vivía a tres cuadras de la casa de sus papás.

Después de charlar durante poco más de media hora, cuando ya se iban a su cuarto a dormir -la cuñada de Alondra y su hermano, a su propia recámara- y Alondra a la que estaba en contra esquina de esa, repentinamente, Alondra, quien caminaba detrás de ellos, giró el cuerpo hacia atrás como tirada por un impulso y vio, tras el cristal de la sala de la tele y descanso familiar, una sombra humana flotando a la altura del piso de esa sala, solo que por fuera no había dónde pudiera sostenerse, solo estaba la calle a la altura del primer piso... sí, no había duda, la sombra flotaba. Quiso decirle a su hermano que volteara, pero no lo hizo, pues después de un minuto la som-

bra había desaparecido.

Se auto tranquilizó, pensando en que el cansancio del viaje y sus eternos miedos a lo desconocido, le estaban provocando alucinaciones.

Esa primera noche, Alondra durmió muy bien, a gusto, o como suele decirse: “a pierna suelta”. Se levantó casi dos horas más tarde que su cuñada y su hermano. Ellos suelen despertarse a las seis con treinta minutos, siempre. Para las siete y media ya están bañados y arreglados con el café recién hecho y el desayuno listo para servirlo. Alondra se había bañado antes de acostarse, lo hizo para relajarse un poco más, así que en la mañana bajó poco antes de las ocho, cuando estaban terminando de almorzar. La invitaron a sentarse a la mesa, y su cuñada le acercó plato, trinchas y una taza de café, y la invitó a que se sirviera lo que quisiera, el almuerzo estaba en la estufa y seguía caliente. La acompañaron mientras comía y le platicaron

los planes para ese día.

Subieron a terminar de prepararse para salir... Alondra se quedó en la cocina terminándose su segunda taza de café y viendo por el cristal de la puerta hacia el patio. El césped lucía verde (era finales de julio) y estaba recién podado, frente a ella no había árboles, así que pudo ver con toda claridad, ¡nuevamente!, a la sombra que no caminaba, solo flotaba, pero en esta ocasión pudo verle el rostro. Se parecía mucho al de su marido, quien se había quedado en México... “No puede ser”, dijo para ella misma... No quisiste venir, pero me sigues como una sombra a donde quiera que me mueva: “¿De qué se trata esto?” Entonces, agarró al miedo por los cuernos y lo mandó de regreso al Aeropuerto: “Búscate otra incauta, porque esta ya no te verá nunca más”.

Fue la última ocasión en que Alondra sintió miedo. Y, sonrió para sí misma, con mucha seguridad y determinación.

Carlos A. Ponzio de León

Incomprensible razón

Desperté a las 3 AM con una idea. Fui a la sala y encendí la luz. Tomé apuntes en mi libreta. Se me fue el sueño: voló, como el sueño de muchos estará volando en unos momentos.

No tengo horarios, afortunadamente, así es que encendí la computadora y me puse a desarrollar lo que sería la solución a uno de mis relatos. Trabajé hasta las siete de la mañana y en lugar de irme a tomar un café para trabajar en otro lado, (no siempre trabajo en casa), me metí a bañar y dormí nuevamente. Llevaba días durmiendo poco. A las 3 PM desperté y sin probar bocado, manejé a un restaurante para leer y trabajar en otro par de proyectos. No comí ahí, de cualquier manera. Quería componer música inicialmente, pero cuando llegué y tomé asiento en el lugar, tuve que cambiar de objetivo. Abrí un libro de la materia de Física. A veces cargo con más libros de los que ocupo: nunca es seguro que al llegar al lugar de labores terminará haciendo lo que pensé sería mi misión durante ese día. Mi agenda puede dar un salto de un instante al otro. Desde afuera, esto parece libertad, y lo es hasta cierto punto, pero tampoco lo es. Parece indisciplina, y nunca lo es.

Uno de los lujos en la vida, es siempre tener la posibilidad para que, en un día de labores, uno a la semana, no se tenga la obligación de tener que ir a trabajar. Un día más de descanso sin afectar vacaciones, ni ingresos, ni ningún otro beneficio obtenido de la empresa o empleador. Puede ser un día entre semana o en fin de semana. A mí me encantaba, en ciertos periodos de mi vida, comenzar la semana en martes. El domingo podía ir al cine a la función de las once de la noche, levantarme el lunes a las once de la mañana: despertar cuando ya estaba cansado de dormir. Pero hay tantas variantes y posibilidades, que no podría mencionar todos los posibles usos del tiempo. El domingo se convertía, verdaderamente, en un día de descanso.

Otro, aunque pequeño lujo a veces, en la vida, es cuando se trabaja en las Artes o en las artes, clásicas o populares: y se gana el doble de lo que se ganaba hasta hoy. Por día, semana, mes o año, temporada, lo que sea. El doble, bruto. El pago debe ser el doble. De aquí en adelante, por Arte entenderé “Arte” y “arte”: populares y clásicas, pero solo me refiero a trabajos creativos: performance y autoría, colocación de luces y experimentación, maquillistas y sonideros, fotógrafos y camarógrafos; más no la de



choferes y cargadores, ni académicos ni ayudantía no creativa, ni asistentes administrativos de directores, entre otros trabajos “regulares”. Algunos: más adelante.

Otro lujo en la vida consiste en salir del trabajo, una vez a la semana, (los viernes u otro día): a las 2 de la tarde, sin necesidad de regresar a completar el día laboral. Cuando tuve esta dicha, solía visitar las tiendas de música del centro de la ciudad, y a las cinco tomaba clases de música, para luego llegar temprano a casa a la reunión celebratoria con familia o amigos. O incluso para comenzar la borrachera del fin de semana saliendo del trabajo. Tantas cosas que se pueden hacer con esa tarde.

Este último, junto con el primero de los lujitos, resulta en una semana laboral con día y menos de trabajo. Por ejemplo: finalizaremos, a partir de mañana, con una

semana laboral de tres días y medio, si hasta hoy se trabaja de lunes a viernes, en cualquier horario o situación. No se necesita cambio en la ley. Este papel ampara a quien ampara. Quedan exceptuados los servicios de emergencia primarios, quitando policías.

Pero... si alguien se beneficia de estos lujos por haber servido a la Resistencia, y luego incumple, va para atrás: cero lujos y pago de Inconsistencias con 1/4 de Infierno por el Tiempo de Beneficios Gozados.

Ya declaré tomados el Mundo, los Gobiernos... y todas las Mujeres de este Planeta. Respecto a Ellas, quedan excluidas: las exceptuadas.

Chicas del Mundo: ya son todas Mías, Mías y Mías, como lo notifiqué en mi Tierra Natal, desde el sábado 26 de septiembre de 2026, hora poca antes de salir del restaurante... Y declaro Infierno TOTAL para el

que las toque. E Infierno para la que se deje tocar. Excepciones (médicas): ya las conocen.

A D. gracias y tributo. Comience el Mundo Seleccionado, a Renacer y Disfrutar de Su Nueva Vida. Punto. “Period”. A las Chicas, ya saben cuáles, “Muchas Gracias”. Muchos pantalones. Mucho atrevimiento. Les explico luego, pero a ustedes las deseo, de todo corazón, aquí...

Muchas gracias también a todos los niños que jugaron pacientemente conmigo durante mi infancia, adolescencia y juventud, adultez y todo lo demás. A los que ayudaron: “Vamos con todo”. A mis “haters”, que ya son muy pocos, les deseo feliz Fin de Viaje; no nos volveremos a ver. Ahí se arreglan ustedes con Su autoridad y Con la Mía. Sí... Infierno.



DORIS LESSING
(1919-2013) Novelista
británica de origen iraní.
Premio Nobel de Literatura
en 2007.

(Kermanshah, Irán, 1919 - Londres, 2013) Escritora inglesa. Nacida en Irán, donde su padre era capitán del ejército británico, en 1924 se estableció con su familia en Rhodesia del Sur (hoy Zimbabwe). Los primeros treinta años de su vida transcurrieron en Rhodesia. Allí la pequeña Doris vivió una infancia problemática, condicionada por el paisaje africano y la frustración de unos padres (sobre todo su madre) que no consiguieron realizar sus sueños.

Se educó en varias escuelas de Salisbury (Harare), pero abandonó los estudios a los catorce años y se casó dos veces: primero a los 19, con un funcionario al que dio dos hijos, y en segundo lugar, por conveniencia, con el exiliado alemán Gottfried Lessing en 1944, un camarada del partido comunista con quien tuvo otro hijo, el único que la acompañaría a Londres cuando partió definitivamente en 1949.

El contacto con África y el profundo amor que sintió por esta tierra constituyó la materia narrativa de algunas de sus novelas; el tema de la emancipación de la mujer abunda también en su obra de ficción. En 1950 ya había publicado *Canta la hierba*, una novela que tuvo buena acogida acerca de la vida en África, a través de la cual se opone a la política racial en años en los que el tema no era bien recibido en Inglaterra. Gracias a esa novela, y sobre todo a su tenacidad, consiguió abrirse camino en el mundillo literario londinense a lo largo de los años cincuenta, al tiempo que pasaba de manera fugaz por el partido comunista británico y consolidaba su imagen de firme detractora de la segregación racial en África del Sur.

En la década de 1990 presentó dos volúmenes de memorias. El primero, *Dentro de mí* (1994), ocupa la época que van desde su nacimiento a su partida hacia Londres, tras sus veinticinco años desafortunados en la antigua colonia inglesa de Rodesia del Sur (Zimbabwe). Un paseo por la sombra (1997), segundo volumen de su autobiografía, empieza cuando la todavía aspirante a escritora contempla los muelles de Londres con su hijo Peter de la mano y el manuscrito de su primera novela, *Canta la hierba*, en la maleta. Concluye en 1962, año en que vio la luz el libro con el que casi siempre se la asocia: *El cuaderno dorado*.

En 2001 recibió el premio Príncipe de Asturias de las Letras y en 2007 el premio Nobel de Literatura.

ad pédem literae

El talento es algo bastante corriente. No escasea la inteligencia, sino la constancia.

Doris Lessing

Letras de buen humor

La función química del humor es ésta: cambiar el carácter de nuestros pensamientos.

Lin Yutang